

MANUEL URIBE ANGEL +

OCHENTA AÑOS DE SU MUERTE

**Alfredo Naranjo Villegas*

Se hace una semblanza del Dr. Manuel Uribe Angel, padre de la medicina antioqueña, y se ensaya un breve paralelo entre lo que había en Europa en el campo médico y lo que apenas comenzaba entre nosotros, a mediados del siglo XIX hasta principios del XX.

Se exaltan las virtudes de este médico que se distinguió por su permanente dedicación al estudio y al cuidado de los enfermos. Se resalta cómo Uribe Angel puede ser considerado también como uno de los precursores de la ecología.

Palabras clave: Medicina Europea, Medicina Colombiana, Etica, Ecología.

+ Conferencia presentada en la Academia de Medicina de Medellín, el 25 de julio de 1984.

* Ex-profesor de Cardiología, U. de A. Expresidente de la Academia de Medicina de Antioquia. Miembro fundador de la Sociedad Antioqueña de Cardiología y de la Sociedad Antioqueña de Historia de la Medicina. Separatas: Clínica Medellín, Consultorio 201 - Medellín - Colombia, S.A.

It is made a biographical sketch of Manuel Uribe Angel, father of the antioqueñan medicine. An assay of the medicine of the middle of the 19th and early 20th centuries between the european and colombian, this one was just begining.

It is praised the virtue of this physician, he distinguish for his permanent consecration to the study and to the care of the patients. Also Uribe Angel can be considered as the ecology forerunner.

Key Words: European Medicine, Colombian Medicine, Ethics, Ecology.

Como a todos y cada uno de los representantes de aquella generación insigne, cuyos nombres perpetuó el acta de fundación de la Academia de Medicina de Medellín, a Uribe Angel no se le puede juzgar frente al vértigo de los más avanzados medios diagnósticos de los tiempos actuales. El juicio médico ha de adelantarse desde un tribunal situado al fondo de un valle circundado de montañas que lo hacían poco accesible por la escasez de vías de comunicación, sin laboratorios, a meses de distancia de Europa, de Francia más precisamente, y que debía esperar años de cocción en aquel horno espiritual, para que nos llegara la levadura científica de los nuevos conocimientos.

Y el fallo definitivo no puede pronunciarse sino tras el análisis cronológico de lo que va ocurriendo en Europa, en la misma época en que los nuestros, "trabajando con las uñas", se traban en discusiones caballerosamente apasionadas sobre temas que los europeos siguen disputando con menos hidalguía ante las genialidades científicas de Pasteur. Me pregunto a veces si tuvieron más altura intelectual las discusiones de la Academia de Medicina de París sobre la fiebre tifoidea hacia 1878, que las que entre nosotros sostuvieron sobre los microbios (las "teorías micróbicas", como decían ellos) diez años después.

Porque es imperativo, para juzgar a nuestros predecesores médicos, que se haga a la luz de lo que ocurría en las más altas cumbres de

la medicina europea: en la séptima edición de CLINIQUE MEDICALE de L'HOTEL DIEU DE PARIS, de Trousseau, publicada en 1885 aparece una conferencia sobre la erisipela de la cara, en la cual hay afirmaciones que Trousseau sienta, con la inmensa autoridad que le da el haber sido uno de los puntales de la clínica francesa, que hay una erisipela quirúrgica y otra médica. Me interesa subrayarles esto: "Hay pues incontestablemente ciertas condiciones, un no sé qué en el aire, que predispone a los individuos a contraer, bajo la influencia de causas ocasionales, erisipelas que, en otras circunstancias no se hubieran desarrollado . . .". Esta edición, como ustedes ven, es posterior en siete años a la comunicación en que Sedillot, basándose en los trabajos de Pasteur, propuso a la Academia de París la palabra *microbio* para los organismos microscópicos. No he tratado (líbreme Dios de hacerlo!) de quitar una arenilla siquiera a la gloria de Trousseau. He querido únicamente salir al encuentro de lo peyorativo para nuestros viejos médicos. Si en París, y en vida de Pasteur, persisten ciertos errores, qué de extraño que se repitan acá? Y téngase en cuenta también que apenas a finales del siglo XIX se establece la cátedra de Bacteriología en nuestra Facultad de Medicina.

Y sin embargo la falta de elementos de laboratorio, ha de sustituirse (y se sustituye) con lo que aportan los estudiosos que llegan de Francia, o con la asimilación de lo que publican las revistas. Quien lea las respuestas que da la

Academia a las consultas del gobierno oscilará entre la sonrisa ante lo ingenuo o la admiración ante el acierto. Cuando se discute, verbigracia, el informe sobre el carbunco a propósito de una devastadora epizootia, se advierte el cuadro que resume toda una época y que muestra el choque con los intereses creados, por una parte, la impotencia y la vacilación en las sugerencias, por otra, la ingenuidad de ciertas soluciones (como la de evitar que los animales consuman plantas espinosas, enterrar los muertos por la epidemia tantos metros bajo tierra, calcinar los potreros, etc. . . .) o la de la aplicación de la vacuna (ya conocida por los colegas en las revistas recién llegadas), pero con la dificultad de su transporte desde el laboratorio de M. Pasteur, ya que es imposible producirla entre nosotros . . . En una palabra, la radiografía de lo que se nos esperaba en el interminable recorrido de la Salud Pública. Es lo que, habiendo buceado en el pretérito, hace tan respetable la memoria de los precursores!

Y, obviamente, no se sustrae Uribe Angel a su época. Leyéndolo se admira el entendido cómo no encontró la razón de aquello que no escapó a sus observaciones: en La Serrana, por ejemplo, anota que "como en muchas de las Antillas . . . las cadenas montañosas elevan sus crestas hasta alcanzar en ocasiones 3.000 metros sobre el nivel del mar; se observa que pasando 400 metros de altura sobre estas pendientes, la acción climática se dulcifica, y el vómito prieto (es decir, la fiebre amarilla) desaparece, lo que demuestra en cierto modo que su causa eficiente se debe a un principio de infección marítima, cuya eficacia mórbida se destruye en esas regiones. Más arriba, y ascendiendo siempre, el calor disminuye, la atmósfera se refresca y los sitios alcanzan caracteres completamente salutíferos . . . sin que por ésto la disentería, las fiebres tifoidea y otros males . . . dejen de caer, aflictivos y mortales sobre las poblaciones". Clarísimo! Pero es porque nosotros ya conocemos la biología del *aedes aegypti* y del *haemagogus* en relación con la fiebre amarilla, y medios de transmisión de la *salmonella typhi* y la de las paratifoideas.

Un día dedica la Academia su sesión al trata-

miento de la blenorragia. Cada uno cuenta su experiencia: el bicloruro de mercurio en inyecciones, el nitrato de plata, etc. Uribe Angel combate los distintos procedimientos y se aferra al uso de "aquellas inocuas que todos usamos, sin temor, dice, y echaré mano de los balsámicos como tratamiento interno. No sé si me engaño, pero creo que pasarán siglos y siglos antes que la copaiba, la cubeba, el sándalo sean destronados en el tratamiento de la blenorragia. Con ellas curamos rápida y seguramente, cuando el enfermo acude a tiempo y es dócil en seguir las prescripciones del médico". Por descontado que lo refutan, entre otros, los doctores Eduardo Zuleta y Julio Restrepo. Por curiosidad, vean ustedes lo que al respecto se prescribe en el *Hand-Book of Treatment* de Mullen, reimpresión en inglés de septiembre de 1944. Y obsérvese que era el tratamiento usado en la Universidad de Pensilvania. Veán, pues, ustedes cómo no andaba equivocado el maestro con la copaiba y la cubeba!

Hay intervenciones del doctor Uribe Angel que tienen un singular valor como datos históricos de la medicina antioqueña, y para demostrar hasta dónde se arriesgaban nuestros cirujanos, sin excluir del grupo a Uribe Angel, cuando la antisepsia estaba en la cuna. No me refiero, claro está, a su notable biografía de don José Nicolás de Villa y Tirado. Así nos enteramos, verbigracia, de quiénes fueron y cómo procedieron los primeros cirujanos que por acá actuaron: Chepe Upegui, que se servía siempre de una barbera para cortar; Fausto Santamaría, notable, dice, por su atrevimiento, por la lentitud con que ejecutaba cada tiempo de la operación, y por la especialísima circunstancia de preferir, para andar más lentamente, un bisturí algo tomado de orín. La conclusión del doctor Uribe Angel nos asombra: Estos cirujanos obtenían los mismos resultados que los jóvenes de hoy (decía en abril de 1888) con sus spray y sus vendajes a la Lister. Y cuenta cómo él mismo, y el doctor Ignacio Quevedo "habilísimo operador", y el Dr. Rodríguez obtuvieron resultados admirables sin más antisépticos que agua fría y limpia. Ahora esta ruptura con la ortodoxia sería fatal para el enfermo. Y sin embargo . . . no pro-

cedería así quien sin recursos de asepsia y de antisepsia hubiera de afrontar un caso de vida o muerte en regiones abandonadas de nuestro territorio?.

Y vamos subiendo escalones, desde los comienzos de la anestesia, a través de sus intervenciones tan fielmente relatadas. Como la de aquel caso que Uribe Angel intituló de “gangrena de origen cardíaco” de miembros inferiores, izquierdo especialmente, tratado por amputación sin cloroformo, previa inyección de cocaína en los puntos de sección. Qué decir ahora, no ya de la evolución de la anestesia, sino del paso gigantesco que va de la amputación al injerto en esa trombosis aortoiliaca que fué probablemente de lo que se trataba?.

Claro que aún conservamos la capacidad de asombrarnos. Como la experimentamos al darnos cuenta de que un Lupus erróneamente diagnosticado como tal, es tratado con escoriaciones repetidas un día sí y otro también durante meses enteros, siguiendo el método que en París aprendió uno de los más competentes médicos recién llegado a Medellín. Y el asombro da también para la sonrisa que es la máscara del escepticismo ante la pretendida curación. Pero no olvidemos que había absurdos terapéuticos que adquirirían categoría de dogma por la altura de su procedencia. No fué costumbre europea cauterizar con hierro candente en la región occipital como supuesto estímulo para la vista? Por lo demás, pongamos un freno a nuestra suficiencia, que ya vendrán generaciones que también cuestionarán quién sabe cuántos procedimientos actuales. Por lo demás, cada una busca superar a la que le precede. Lo fundamental es saber en qué escalón afirmarse en el ascenso para no caer.

Pero hay algo que sobrevive cuando se estudia el caso de Uribe Angel. Es la unanimidad del respeto que inspiró, lo mismo dentro del cuerpo médico que entre los profanos, lo mismo en el vértice que en la base. Es impresionante la fidelidad de todos los académicos al maestro, fidelidad que no puede atribuirse a tropicalismo provinciano. El hecho es que hu-

bo contemporáneos que inspiraron ese mismo respeto, que despertaron un afecto profundo entre sus pacientes (recuérdese el caso de Dimas Estrada, el de Martínez Pardo, el de Francisco A. Uribe, para no mencionar sino unos pocos). Sin embargo, con ninguno de ellos se repitió esa reiterada pleitesía que siempre se le rindió al patriarca envigadeño.

Es posible que haya influido en el hecho el sentido apostólico con que ejerció la medicina, especialmente al servicio de los humildes, que fué su reiterada admonición. Es seguro que el sentido ético inquebrantable que caracterizó cada uno de sus actos profesionales tenía por fuerza que atraerle la simpatía y la admiración y el respeto de todas las capas sociales que, como es de ocurrencia en todas las regiones de la tierra, terminan por rendirse ante quien ha hecho de su vida un culto sin desfallecimiento al estudio, a la honradez y al servicio de todos, sin contraprestación alguna. Siempre estuvo dispuesto a servir con igual amor al rico que al pobre, al blanco que al negro, sin distinción banderiza o religiosa de ninguna naturaleza. Pero no lo fueron menos los que, entre otros, he mencionado atrás. El doctor Luis Eduardo Villegas, que tan objetivamente lo analizó, apuntaba: “No dudo que haya quién trate mejor los males del cuerpo; más de seguro no se dará con nadie que trate mejor las penas del alma”. Tal vez sea esta la clave de la veneración que inspiró. El enfermo comprobará cuál es el médico que tiene conocimientos médicos. Los exige, para entregarse a su cuidado. Puesto a escoger entre la frialdad científica de la cumbre, prefiere la comprensión de quien no ha sido deshumanizado por la ciencia.

No quiero cansar a los lectores con demasiadas citas. Deseo sí hacer alusión a más de un caso en que Uribe Angel actuó como acudiente y tutor de estudiantes que venían de lejos a matricularse en la Universidad. Todos coinciden en señalar al patriarca como paradigma de comprensión y de consejo. Médicos ya, le fueron fieles hasta que se extinguió la vida física del anciano ciego. Pero es que, además, es a Uribe Angel a quien debemos excelentes bocetos biográficos de muchos de los miembros

de aquellas generaciones que abrieron el camino de la medicina antioqueña. Esa exaltación de los valores intelectuales, que honra a su autor por lo que implica como aniquilación de egoísmo, es la piedra que va agregándose a la tradición; es lo que va imprimiendo huellas que muchos han de seguir; es lo que constituye el aparato de sostén al respeto de la profesión. En Antioquia nadie podrá escribir sobre el pasado médico si prescinde de documentarse previamente en don Manuel Uribe Angel. Fué alma y motor de cuanto al progreso médico se refiriera.

Pero en él se sumaba todavía ese algo más que completa al médico, ese algo sin lo cual es un ser mutilado: era su amor a la patria, expresado en sus escritos no médicos. Transitó por caminos de historia desde la conquista a la República a través de ensayos biográficos. Su Geografía General y Especial del Estado de Antioquia, es testimonio de su afán por hacernos conocer y amar la tierra que pisamos. Fué fundador de otra Academia, la de Historia. Hay páginas suyas que contienen acertadísimas indicaciones. En 1890 presenta un trabajo sobre Higiene Pública en el que propugna la necesidad de ir dando cuelga al río Medellín para desecar los pantanos, como la mejor manera de sanear los terrenos adyacentes en bien de la ciudad.

Podemos ignorar muchos de sus trabajos, sobre la lepra, sobre localización de mataderos, sobre ubicación de un leprosario, etc. Son cosas ya revaluadas. Pero hay entre los de Uribe Angel una "MEMORIA sobre la acción erosiva de las aguas y sus consecuencias" que no pierde ni perderá actualidad por el acento profético. En ella está pintada la angustia del clarividente que ve, a un siglo de distancia, con qué irresponsable empeño avanzamos hacia el desierto talando bosques, quemando árboles, explotando maderas sin tener el cuidado de renovar resembrando. Y lo que más impresiona es hallar, en un trabajo publicado en 1880, la misma terminología con la que se ha familiarizado quien tenga preocupaciones ecológicas. Léanse, si no, estas anotaciones, tomadas casi al azar en tan importante estudio:

"Repetimos, porque nos parece llegado el momento de hacerlo, que en estas latitudes tropicales y después de hecho el desmonte total de una región cualquiera de terreno, llueve, absolutamente hablando, mucho menos; y agregamos como un hecho conocido por todos, que las aguas corrientes disminuyen su caudal.

Mas esto sentado, debemos preguntarnos: Si llueve menos y si las aguas corrientes han disminuido su volumen ¿por qué los efectos de las lluvias se han hecho y se hacen cada día más devastadoras y terribles?.

Vamos a tratar de explicar el cómo y el por qué de esta verdad.

Suponemos que antes llovía en un punto dado como cuatro y suponemos que en ese mismo punto llueve ahora como tres. Ya hicimos la explicación de que en los viejos tiempos, cuando el bosque existía, el agua al caer era forzosamente detenida en su curso por un tiempo bastante largo, y que no llegaba a su nivel inferior sino rodeada de condiciones que le impedían causar señalados estragos.

Al presente cae uno de nuestros copiosos aguaceros; cae con rapidez sobre cordilleras desmontadas, y el agua al caer sobre la tierra toma dos caminos: por el primero llega veloz y en gruesos arroyos hasta la hondanada en que la espera el precipitado riachuelo o el poderoso río; por el segundo, penetra por naturales hendeduras, atraviesa el terreno permeable, se infiltra en las separadas grietas de las rocas, circula por los conductos tubulares que dejó la putrefacción de las raíces de añosos árboles, disuelve todos los elementos solubles, disgrega todas las partículas separables, se mezcla con el humus y con la greda, se convierte en espeso líquido uniéndose a los residuos de su propia transportación; pesa, disloca, hiende, socava, destruye, hasta que al fin, como expresión última de su poderosa fuerza, desmorona, hunde y abisma los terrenos, en breve escala a veces, en extensos derrumbamientos en ocasiones, y en enormes espacios de cuando en cuando; manifestaciones tan terribles a veces, que tocan en los lindes de un verdadero cataclismo".

Escarben ustedes en su memoria, y recuerden . . . Rosellón, en Envigado. Media Luna en Santa Elena. Santo Domingo Savio . . . para que no nos salgamos de nuestro inmediato contorno! Y cada día, y en cada departamento, en cada ciudad y en cada campo, en cada prado, donde quiera que hay un remedo de bosque, un pueblo de pirómanos que odia el verde, empeñado en apresurar el desierto!

Y Uribe Angel, en cuyo corazón latía, angustiada, la patria, hacía inventario de lo que teníamos, de todo lo que nos faltaba, de las cualidades que eran la riqueza potencial de nuestras gentes, y tendía su mirada sobre nuestro pasado y sobre nuestra tierra desgarrada y ensangrentada . . . Un día escribió la síntesis de nuestra historia: "Los laboratorios nos llegan con la paz y se nos van con la guerra"!.